



MARTA ABREU: PIONERA DE LA FILANTROPÍA CUBANA

Félix Julio Alfonso López

*Profesor Titular de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la
Universidad de La Habana..*

16 de julio de 2025.

La vida de la patriota y benefactora villaclareña Marta Abreu de Estévez (1845-1909), fue un continuo quehacer de acciones generosas, que solo tuvieron término con su muerte. Fue la suya una vocación de servicio a sus conciudadanos y a su patria, difícilmente comparable en el siglo XIX cubano; tanto por su origen clasista, como por su condición de mujer, tradicionalmente excluida del protagonismo social en la etapa colonial.

Pudo ser una dama rica y culta, destinada a un matrimonio por conveniencias con otro miembro de su clase, y a la vida frívola de viajes y reuniones sociales, pero prefirió casarse, pese a la oposición del padre, con un hombre no solo mucho más pobre, sino, además, cuatro años más joven y con el que compartía ideales cívicos y desvelos patrióticos, el abogado matancero Luis Estévez Romero, primer vicepresidente de la república independiente.

Pudo, incluso, por su ascendiente familiar —su padre fue un teniente de caballería; su abuelo paterno, subteniente de milicias; y el materno, regidor y alguacil mayor—, ser partidaria del dominio español; sin embargo, fue todo lo contrario, y en un acto insólito dentro de la sociedad colonial, rechazó el título nobiliario de condesa de Santa Clara, con el que quisieron agasajarla los integrantes del Ayuntamiento.

Sus biógrafos coinciden en la entereza de carácter y reciedumbre moral de esta mujer excepcional, que en su juventud fue una muchacha dulce y melancólica, dotada de una natural simpatía. Sus muchos logros fueron facilitados por su inteligencia, la delicadeza de sus modales y la elegancia del vestir.

¿Dónde aprendió la joven Marta aquella devoción que la poseía, de asumir el bien público como una actitud ante la vida? Todos los que han narrado su vida coinciden en señalar la figura de la madre, doña Rosalía Arencibia de Abreu, como el numen tutelar de su vocación filantrópica, aunque Marta superó con creces el altruismo y el desinterés inspirado por su madre para encarnar en sí una filantropía moderna, que no se agota en el acto mismo de ejercer la caridad, sino que busca objetivos sociales y culturales que trascienden a la persona que la ejerce, o al que la recibe, de modo individual. Ello fue posible, además, por una coyuntura favorable en el contexto nacional y local, que hizo viable su prédica virtuosa.

El momento histórico en que Marta Abreu comenzó a ejercer de manera sistemática sus obras de caridad, coincide con una época de cambios importantes en la Isla, tras la paz sin independencia, firmada en 1878. La década de 1880 fue el escenario donde la administración colonial empezó a poner en vigor parte de la legislación española de la Restauración, lo que propició el surgimiento de una sociedad civil con limitaciones, pero legal y autorizada. En ese contexto se promulgaron la Ley de Asociaciones, la Ley de Imprenta; se promovieron con fuerza las instituciones educacionales, recreativas, mutualistas, religiosas, profesionales, estudiantiles, deportivas, de beneficencia y culturales.

Entre las instituciones benéficas más importantes que se fundaron o alcanzaron auge en estos años se destacan la Real Asociación de Escuelas Dominicales, destinada a educar a jóvenes pobres y criadas; la Sociedad de Beneficencia Domiciliaria, cuya misión era socorrer las familias indigentes; la Sociedad Protectora de Niños de la Isla de Cuba, encaminada a atender a niños de todas las razas y condiciones sociales, y numerosas sociedades de socorros mutuos, consignadas a atender a los inmigrantes y disponerlos para la vida moderna. En todas primaba el ideal de ilustración y modernización de la sociedad colonial.

Tales presupuestos son también los que guían la gestión benefactora de Marta Abreu en Santa Clara; los que cumplieron un doble propósito de modernización de la urbe y desarrollo de las capacidades

intelectuales y físicas de sus habitantes, para una vida social útil a la ciudad, que vivía entonces un período de florecimiento y expansión.

Su inaugural obra de fundación fue el Colegio San Pedro Nolasco, en homenaje a su progenitor. Este centro docente abrió sus puertas el 31 de enero de 1882; fue su primer director el pedagogo Eduardo Rodríguez Veytia. Se cuenta, como algo extraordinario, que el día de la inauguración Marta rompió la etiqueta de la ceremonia, espontáneamente regaló 400 pesos a personas pobres que presenciaban el acto y donó otros 100 para la Asociación de San Vicente Paul.

A partir de esa fecha, las acciones creadoras de Marta Abreu, en el orden educativo, asistencial, conmemorativo, constructivo, científico y de servicio público, no se detuvieron hasta 1895, cuando abandona la isla para marchar al exilio. Entre sus obras más importantes descuellan la escuela para niños negros El Gran Cervantes (1882), el asilo de pobres San Pedro y Santa Rosalía (1883), la escuela para niñas pobres Santa Rosalía (1885), el obelisco a los padres Juan Martín de Conyedo y Francisco Antonio Hurtado de Mendoza (1886), la Escuela de Conyedo, el Cuartel de Bomberos y la Jefatura de Policía, todos en 1886, los lavaderos públicos y gratuitos (1887), el dispensario para niños pobres El Amparo (1895), el puente del camino al Cayo (1895), el paradero del ferrocarril entre Santa Clara y Cienfuegos, y la moderna planta del alumbrado eléctrico (1895). En dicha ocasión se levantaron en la Plaza Mayor una réplica de la Torre Eiffel —símbolo supremo del progreso industrial— y varios arcos de triunfo.

De manera simultánea, Marta realizó visitas y donaciones a los hospitales de San Lázaro y San Juan de Dios, y al observatorio meteorológico que dirigía el joven científico Julio Jover Anido. También contribuyó al arreglo del camino de Santa Clara a Camajuaní. Dotó al cementerio de una bóveda para los pobres, erigió la Logia Progreso y la escuela La Trinidad para niños negros. Sufragó estudios de Medicina a jóvenes villareños; costeó los viajes por Europa del sabio Carlos de la Torre, a quien confió la educación de su hijo Pedro; y la publicación de libros de ciencias, como el del matancero Sebastián Alfredo Morales sobre la flora cubana. Ya en la República, Marta contribuyó, con donativos en libros y alumbrado, a la biblioteca municipal.

Sumado a lo anterior, su obra magna y de mayor trascendencia fue el teatro La Caridad, inaugurado el 8 de septiembre de 1885, día de la Virgen del Cobre, patrona de Cuba. El costo total de la construcción ascendió a 150 000 pesos, ejecutada por el ingeniero Herminio Leiva; su interior fue decorado por el pintor Camilo Salaya, con imágenes que representan el Genio, la Fama y la Historia.

Por expresa voluntad de Marta, los productos de las funciones dramáticas serían a favor del municipio, para que los invirtiera en obras de instrucción pública y beneficencia, y de la asociación de San Vicente Paúl, con el fin de ser repartidos entre pobres y menesterosos. El propio municipio y la Asociación de Beneficencia Domiciliaria tendrían a su cargo la administración del inmueble, cubriendo sus gastos con el alquiler de locales para cafés, restaurante y peluquería.

Como datos de interés relacionados con el funcionamiento del teatro, Marta estableció que en el mismo no se podrían representar obras «inmorales y poco edificantes, que desdigan de la misión civilizadora del arte dramático: instruir deleitando. Al efecto, pedirá a las compañías su repertorio, y hará excluir de estos, las que pertenezcan al género indicado». Tampoco se podrían celebrar mítines políticos «en previsión de los desperfectos que pudiera ocasionar al edificio y su mobiliario, la excesiva aglomeración de concurrentes, ni aun con la oferta de responder de ellos».

Otro aspecto importantísimo en la biografía de Marta Abreu es el de su religiosidad, lo cual queda demostrado no solo en su devoción misericordiosa, sino en las múltiples obras de todo tipo que hizo en ayuda de la Iglesia católica. En este sentido se destaca el regalo de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús a la Parroquial Mayor, la reconstrucción de dicho templo y la reforma de la iglesia del Buen Viaje. A la iglesia de Encrucijada donó 300 pesos, para su construcción, y una imagen de San Pedro Nolasco tallada en Francia.

Si relevante fue la contribución de la familia Abreu Estévez al embellecimiento físico y progreso moral de Santa Clara, otro tanto fueron las cuantiosas subvenciones que Marta y sus hermanas Rosa Abreu de Grancher y Rosalía Abreu de Sánchez Toledo, realizaron desde su exilio parisino a la guerra de 1895.

Ello es algo tan trascendente, que el generalísimo Máximo Gómez dijo en 1899, al preguntársele su opinión sobre Marta: «No saben ustedes los villaclareños, los cubanos todos, cuál es el verdadero valor de esa señora; quien lo sabe bien es don Tomás Estrada Palma, vayan y pregúntenle qué significación patriótica alcanza la ilustre Marta. Si se sometiera a una deliberación en el Ejército Libertador, el grado que a dama tan generosa habría de corresponder, yo me atrevo a afirmar que no hubiera sido difícil se le asignara el mismo grado que yo ostento».

Al conocer la noticia de la muerte de Antonio Maceo, Marta dirigió un breve telegrama a Tomás Estrada Palma, delegado del Partido Revolucionario Cubano, el 19 de diciembre de 1896 cuyo texto rezaba: «Diga si es cierta desoladora noticia. Cuente diez mil pesos. Adelante. *Ignacio Agramonte*». Y

poco después agregaría: «no es de almas bien templadas desfallecer ante un golpe adverso de la fortuna, sino antes bien, cobrar mayores bríos para llevar adelante, sin flaqueza, la magna empresa acometida. Es por ello que le dirigí mi telegrama diciéndole “Adelante” y poniendo a su disposición diez mil pesos».

El nombre del Bayardo camagüeyano era el seudónimo escogido por Marta Abreu, quien escribió desde Bayona, el 15 de febrero de 1897: «... yo considero que no hago más que cumplir con un sencillo deber, como hija de aquel suelo donde están los que verdaderamente merecen una epopeya, por estar derramando su generosa sangre a fin de dar a todos una patria libre ¿cómo no hacer un esfuerzo extraordinario los que podemos hacerlo, para que el éxito más glorioso corone los titánicos empeños de nuestros compatriotas que luchan». En los días aciagos de la Reconcentración de Weyler, Marta sostuvo junto a sus hermanas la cocina económica que funcionó en el Convento de los Padres Pasionistas de su ciudad natal.

Según el historiador francés Paul Estrade: «Sus entregas a la Tesorería del Partido Revolucionario Cubano se elevan a 186 000 pesos. Si se añade lo que dio para los presos de Ceuta, la expedición de Rafael Cabrera y toda clase de colectas locales, así como la Delegación parisiense, se puede estimar que su contribución (junto a la de su marido Luis Estévez) sobrepasa los 210 000 pesos (1 100 000 francos), lo que representa la mitad del aporte total de la colonia cubana de París».

Todos los biógrafos de Marta coinciden en que fue una mujer superior que abarcó los tres grandes aspectos de todo apostolado: el Bien, la Caridad y el Amor. De igual modo es muy notable que el núcleo central de su vida girara en torno a la trilogía patria-patriotismo-patrimonio. Marta Abreu fue un magnífico ejemplo, en la sociedad colonial cubana, de una persona que combinó con acierto su vocación filantrópica, espíritu innovador y profundo patriotismo; entendido tanto en relación con su ciudad natal, Santa Clara, como con Cuba.

Marta quiso que Santa Clara fuera una ciudad culta y moderna; para ello la dotó de un magnífico teatro, estación de ferrocarril y planta eléctrica. Pero también quiso una sociedad equilibrada en lo social, donde los pobres encontraran educación, salubridad y mitigación a sus males.

Como símbolo de gratitud y orgullo de su ciudad natal, distintas obras rememoran su inmensa figura de mujer filantrópica, como los cuadros con su retrato que atesora el Museo Provincial de Historia y la hermosa escultura en bronce con pátina dorada, obra del escultor francés Augusto Maillard,

inaugurada el 24 de febrero de 1924, de frente a la glorieta que engalana el parque Leoncio Vidal y en el mismo sitio donde antes estuvo el campanario de la Parroquial Mayor.

Del mismo modo, los ilustrados próceres e intelectuales villareños que promovieron la creación de un centro de enseñanza superior en Santa Clara, escogieron su nombre como símbolo de la práctica educativa desplegada por Marta Abreu en el siglo XIX. Así nació, el 30 de noviembre de 1952 la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, en cuyo hermoso *campus* se levanta también un monumento que reverencia su memoria.